

que a la muerte del poderoso emperador pudieran presentarse. Para ello era ante todo preciso apoderarse, por medio de un rápido golpe de mano, de todos los territorios que en otro tiempo había poseído ó pretendido la Iglesia. El éxito completo que en los últimos meses del año 1197 coronó la política de recuperación de la Iglesia, demuestra cuán bien había tomado sus medidas. Uno de los principales representantes de esta política en el consejo de Celestino fué, según parece, el cardenal diácono del título de San Sergio y San Bernardo, Lotario de Segni, el cual adquirió tal consideración á los ojos del papa,—que antes le había menospreciado por antipatías de familia,—y de tal suerte se apoderó de la dirección de la política pontificia, que el día 9 de enero, día siguiente al de la muerte de Celestino, fué por unanimidad elegido sucesor suyo.

Lotario ocupó la Silla de San Pedro con el nombre de Inocencio III, y con él comenzó una nueva época para el Estado y para la Iglesia. El nuevo papa era muy jóven, pues solo contaba treinta y siete años cuando entró en posesión de la dignidad suprema de la cristiandad. Hijo del conde Trasmundo de Segni y de una noble romana llamada Clarisa Scotta, había estudiado en Roma, París y Bolonia, y con sus notables escritos había adquirido fama de erudito distinguido. Apenas contaba treinta años cuando entró en el colegio de cardenales, pero hasta los últimos tiempos de Celestino III, que siendo de la familia Orsini, no podía ver con buenos ojos al hijo de una Scotta, no tuvo ocasión de dar á conocer su eminente talento de hombre de Estado. Entonces fué reconocido como el personaje mas á propósito por sus dotes superiores para dirigir á todos los demás, de tal manera que se consideró que en aquel momento supremo en ningunas manos estaría mejor que en las suyas la soberanía pontificia. Inocencio III justificó aun mas de lo que se esperaba la confianza que en él habían puesto sus electores. Lo que Gregorio Magno había vislumbrado y Gregorio VII señalado como objeto y misión de la Iglesia, aquello por lo cual había luchado en vano y padecido Alejandro III, llevó á término y completó Inocencio. Al derrumbarse, á consecuencia de un gran desastre, el ideal de la dominación universal del imperio, en el preciso momento en que parecía asegurada su realización, el nuevo papa fundó sobre tales ruinas, como artífice atrevido, con segura mirada y enérgica mano, el edificio de la soberanía universal pontificia.

Es de suponer que, como Gregorio VII, Inocencio III no se puso al frente de la Iglesia con un programa completo y ajustado al estado de las cosas. Lo principal por de pronto era mantenerse en el terreno de ciertos grandes principios que proporcionaban á la Iglesia y á su jefe una situación todavía mas elevada que la que había tenido, y aun la que había pretendido el mismo imperio en la época de su mayor pujanza; y en efecto, el papa supo aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecieron de hacer prevalecer aquellos grandes principios. Además de esto, las circunstancias eran como nunca favorables á su realización práctica. La caída de la soberanía de los Staufen en Italia ponía á esta nación, si no bajo la dominación, por lo menos bajo la dirección política única del pontificado. La lucha por el trono que había estallado en Alemania descartaba por el momento toda candidatura para el imperio y hacia del sucesor de San Pedro, encargado de entregar la imperial corona, no solo el mediador sino el árbitro entre los príncipes que se disputaban el trono de Alemania. Inocencio III no tenía este derecho por ser jefe de la Iglesia y como tal estar obligado á promover la paz y hacer valer los intereses comunes de la cristiandad, sino por el hecho de ser superior á toda autoridad de reyes y príncipes como poder intermedio entre el cielo y la tierra,

entre Dios y el hombre, como representante de Dios en la tierra, habiendo recibido, según su teoría, el sumo poder eclesiástico juntamente con el supremo poder temporal. En efecto, Inocencio III había manifestado expresamente que estaba entre Dios y los hombres, debajo de Dios pero encima de los hombres, que era menos que un dios pero mas que un hombre. Sus antecesores habían pretendido tambien iguales derechos, pero los hacían derivar de otros títulos mas morales y políticos y menos generales en sus consecuencias. Iniciábase, pues, una nueva teoría respecto de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, teoría cuyos efectos debían ser tanto mas revolucionarios cuanto mas enérgicamente se quisiera empezar á ponerla en práctica. No se trataba ya de una supremacía ideal de la Iglesia sobre el Estado, como había acontecido hasta entonces, es decir, no se decía que lo divino, servido y representado por la Iglesia, fuese mas valioso que todo lo terrenal por superior que se mostrara, sino que Inocencio III pretendía para la Iglesia la posesión plena del verdadero poder temporal. La corona imperial no debía ya ser un feudo pontificio, como en otro tiempo había pretendido Alejandro III, sino que correspondía de derecho al mismo papa, el cual debía reunir en su cabeza la tiara y la corona. Partiendo de esta base, pretendió Inocencio III la soberanía feudal tambien sobre los otros Estados, soberanía de que había disfrutado el imperio en los tiempos de su mayor poderío. La palabra que, en otro tiempo, había lanzado en Besançon el emperador Federico I á los reyes de las provincias (1), fué tomada en serio por Inocencio III y pinta exactamente cuál era la idea que se había formado de la relación que debía existir entre los Estados nacionales y sus caudillos y el papa-emperador. Lo que el imperio universal de Enrique VI había conseguido en Inglaterra, Aragon, Chipre, Armenia y Constantinopla, y mas todavía, lo pretendía y lo conseguía á la sazón Inocencio III para el pontificado universal. El rey Pedro de Aragon, en 1204, le había prestado homenaje en Roma como á su señor feudal; Sancho II de Portugal se consideraba vasallo pontificio; Hungría, á consecuencia de una guerra de sucesión, se encontraba en igual dependencia; y el mismo autócrata Felipe II de Francia, por efecto de las complicaciones que produjeron su divorcio con la danesa Ingeborga y su nuevo matrimonio con Inés de Meranie, se vió obligado á someterse por lo menos á la autoridad moral del papa de una manera que no dejó de producir sus consecuencias en la situación política de su monarquía. Inocencio III había hecho prevalecer su soberanía sobre Inglaterra de un modo y con un éxito que dejaban muy atrás la tan duramente combatida conducta de Enrique VI respecto de Ricardo Corazón de León y hacían de aquellas islas una provincia de la Iglesia, provincia ya agobiada por intolerables cargas.

No solo por lo grande de sus fines y de sus triunfos sino tambien por las dotes y aptitud personales que mostró en el cumplimiento de su misión, se nos presenta Inocencio III como una figura dominante, colosal y realmente favorecida por Dios. Hombre de arrogante y hermosa presencia, propio para representar de un modo imponente á los ojos del mundo así la dignidad que desempeñaba como las pretensiones que de ella hacia derivar, de inmaculada conducta, de vasta instrucción, y en algunas esferas, como en la del derecho canónico, profundo erudito, maestro en el arte de manejar la palabra y la pluma, estaba llamado á ser soberano por el entusiasmo con que se dedicaba á sus deberes, por la fe completa en el santo derecho de lo que repre-

(1) Véase mas arriba.

sentaba, por su fijeza de juicio y por la perseverancia con que sabia prevenir la desgracia misma y en gran parte por la elasticidad con que se amoldaba á los hechos mas contrapuestos. A pesar de lo elevado de los fines que se proponía y á pesar de la grandiosidad con que había proyectado el poder terrenal de la Iglesia, nunca su alma perdió su impassibilidad, ni se dejó alucinar por la pasión ni por la resistencia; nunca quiso sacar de las cosas aquello que por razón de su naturaleza no podían dar de sí. Esta es la clave que explica los triunfos que obtuvo en la época de inquietud y de apasionamiento en que vivió. Cuando estaba seguro de hacer triunfar sus pretensiones, no había derecho alguno que á ello pudiera oponerse; el principio sustancial de la soberanía de la Iglesia y de sus derechos sobre todo lo que era terrenal era llevado á la práctica con una constancia que por nada retrocedía y que hacia de la divinización del papa colocado entre Dios y el hombre, título jurídico que de todo había de hacerle triunfar, un dogma ante el cual debía inclinarse obediente el mundo de los fieles. La historia era impotente contra este punto de partida y todo lo que tenia carácter histórico carecía de razón de ser, cuando no se armonizaba con este dogma.

La primera vez que el pontificado se presentó bajo este nuevo aspecto fué con motivo de las cuestiones territoriales que se suscitaron á la muerte de Enrique VI. Inocencio, que siendo cardenal durante el pontificado de Celestino III fué el principal representante de la política de recuperación, al ser elegido papa siguió esta misma política con mas energía y mayor amplitud. Para él no solo se trataba de reconquistar lo que la Iglesia había poseído en otro tiempo en Italia y que le había sido arrebatado en el transcurso de los tiempos, sino que además de esto formulaba exigencias que antes que él nadie había producido y que, como no podían ser justificadas por ningún título de derecho, hubieron de buscar un apoyo, aunque pobre, en la falsificación, es decir, interpolación de antiguos y auténticos documentos. El Exarcado en toda su extensión, la Pentápolis y el ducado de Spoleto viéronse de repente calificados de antiguos territorios de la Iglesia; tambien se formularon pretensiones sobre Sicilia, Córcega y Cerdeña; y no se esperó á que los amenazados de despojo demostraran la legitimidad de sus diplomas, sino que se procedió sumariamente y se echó inmediatamente la mano á los pretendidos territorios. La Iglesia, sin declarar previamente la guerra llevó á cabo á costa del imperio y del emperador una conquista que, sin necesidad de desvenenar la espada, la puso en posesión de preciosas provincias. Todo el ducado de Spoleto y gran parte de la Marca de Ancona fueron ocupados, y aun cuando no se consiguió lo mismo respecto de la Romanía, donde el arzobispado de Ravena conservó la posesión de sus derechos de soberanía laica, ni respecto de Tuscia, cuyas ciudades conservaron su libertad, estos territorios quedaron fuera de la soberanía del imperio y vieron en el pontificado el refugio de la reconquistada nacionalidad. De la misma manera, en Sicilia el partido nacional se apoyó en Roma, y Constanza, como regente en nombre de su hijo, encontró en el reconocimiento de la soberanía feudal pontificia su mas seguro apoyo contra los pocos representantes de la supremacía alemana. De esta suerte, el estado de cosas en Italia experimentó en el espacio de pocos meses un cambio radical: los fundamentos de la soberanía imperial universal, que en el trascurso de veinte años habían sentido Federico I y Enrique VI, habíanse derrumbado y sus fragmentos habían sido agregados al edificio de la soberanía universal del papa.

Inocencio III creía que lo que en Italia había conseguido con una política de rápido é inconsiderado ataque, lo alcan-

zaria mas seguramente en la dividida Alemania con una conducta indecisa y expectante. La prolongación de la guerra de sucesión y de la guerra civil era garantía de la impotencia del imperio durante muchos años y proporcionaba al papa, exento de cuidados por este lado, plena libertad de acción para realizar sus vastos planes de reforma político-eclesiástica. Mientras el imperio descansaba, podía el que ceñía la tiara ejercer impunemente las atribuciones imperiales. Esta es la clave que explica la política de Inocencio III respecto de ambos reyes, política que se inclinaba ora á uno, ora á otro, para separarse luego de ambos y comenzar nuevamente el juego. Alemania padeció mucho á consecuencia de este sistema; una desoladora guerra civil causó profundas heridas á su bienestar, y las desmoralizadoras consecuencias de la situación destruyeron toda noción de moral política en los que en la guerra tomaron parte. La solución del conflicto no estaba solamente en Alemania y en Roma, sino que la guerra de sucesión alemana, como había acontecido con otras muchas complicaciones alemanas anteriores, no era mas que el punto de intersección en que venían á encontrarse las tendencias opuestas de la política europea. Desde el momento en que el principal apoyo de Oton IV era su tío Ricardo I de Inglaterra, Felipe II Augusto de Francia se puso al lado del rey Felipe, sin mas razón que el irreconciliable antagonismo que entre los monarcas inglés y francés existía. La muerte de Ricardo produjo un cambio: en efecto, Juan de Inglaterra, no comprendiendo los planes ilusorios en virtud de los cuales su hermano había apoyado instintivamente á todos los enemigos de los Staufen, y amenazado poco despues de una guerra con Francia, carecía de voluntad y de fuerza para auxiliar á la monarquía welfa en Alemania. A consecuencia de esto, la causa de Oton IV pudo entonces considerarse como perdida: la Alsacia y la Turingia fueron reducidas á la obediencia por la fuerza de las armas de Felipe, el cual dos distintas veces asoló las comarcas de los partidarios de los Welfos en el Bajo Rhin. Los magnates sajones, que se veían amenazados por los ataques cada vez mas formidables del rey danés, procuraron unirse á Felipe para conseguir un apoyo. El partido de Felipe se fué aumentando; cada día era mayor el número de los que comenzaban á ver en él el único representante legítimo y apto de los intereses nacionales, sin que el papa, por esto, abandonara su actitud prudente á pesar de verse solicitado por los dos monarcas. La tentativa de formar un partido intermedio que, dirigido por Conrado de Maguncia, indujera á los dos reyes á abdicar sustituyéndolos por Federico II de Sicilia, que recibiría su derecho de su elección, se estrelló ante la negativa de Felipe y de Oton, que no quisieron prestarse á tal arreglo. Cuando en 1200 llegó Felipe hasta Brunswick, creyó destruir por completo el poder de su adversario, pero habiendo fracasado esta empresa, ocurrió en el curso de la guerra un cambio para él completamente desfavorable y tanto mas decisivo cuanto que Inocencio III, impresionado por el grave apuro en que se encontró en seguida Oton IV, resolvió abandonar su actitud expectante para ponerse resultantemente al lado del welfo, que en 1201 fué reconocido por el papa.

Este acto del pontífice, léjos de promover una solución definitiva, no sirvió mas que para aumentar y prolongar los males que venía sufriendo el imperio alemán, pues aun cuando Oton IV hizo en los años siguientes algunos progresos y consiguió verse por muchos reconocido, las raíces de su poderío no estaban en Alemania sino en Roma, en la corte pontificia, en Inglaterra, cuyo rey Juan se resolvió por fin á apoyarle, y en Dinamarca, donde el rey Waldemaro II aprovechó aquellas circunstancias favorables para engran-



decerse á costa de la Alemania septentrional y apoderarse de los territorios eslavos que en otro tiempo habia conquistado Enrique el Leon. Como, además de esto, los partidarios de la monarquía welfa acabaron por perder las ventajas obtenidas, á consecuencia de su falta de union y de su codicia, el poderío de Oton fué decreciendo rápidamente. En esferas cada día mas numerosas, especialmente entre los obispos alemanes, abriose paso un convencimiento saludable, nacido de la persistencia de los horrores de una guerra civil, guerra que Roma procuraba fomentar: convenciéronse muchos de la esclavitud en que les tenia reducidos la política pontificia y se propusieron emanciparse de ella. Cada día eran mayores las simpatías que despertaba Felipe en los

que abrigaban ideas verdaderamente nacionales: Felipe, alentado por ellos, rompió las negociaciones que sin esperanza de éxito sostenia con la curia y resolvió apelar de nuevo á la suerte de las armas. Esta, desde 1204, se le mostró cada vez mas propicia: Turingia y Bohemia fueron nuevamente reducidas á su obediencia; el mismo hermano del contra-rey, el conde palatino Enrique, firmó las paces con Felipe y le reconoció, siguiendo muy pronto su ejemplo dos de los principales apoyos del welfo, á saber: el arzobispo de Colonia y el duque Enrique de Brabante. Felipe se sintió tan fuerte, que pensó en dirigirse á Italia y hacer los preparativos para dar nueva vida al sepultado poder del imperio. Mientras reclamaba la regencia de Sicilia durante la minoridad de Fe-



Sello de Oton IV

El emperador está sentado en una silla, ciñendo una corona de la que penden pequeños lazos. En la mano derecha sostiene el cetro con una cruz; en la izquierda, el globo del Imperio. El manto se halla sujetado sobre el pecho por una hebilla. A los lados de la cabeza, el sol y la luna.

Inscripcion: DEI GRATIA OTTO ROMANORUM IMPERATOR ET SEMPER AVGVST. (Segun Heffner.)

derico, se dispuso á reanudar la política de su hermano y de su padre. Dos victoriosas campañas en el Bajo Rhin, durante las cuales Adolfo de Colonia pagó su desercion al campo de los Staufen con la destitucion y la excomunion, y la conquista de Colonia, ciudad welfa y papista, destruyeron el último baluarte de la contra-monarquía de los Welfos. Habia llegado el tan deseado instante del restablecimiento de la unidad en el imperio y del término de la guerra civil. El mismo Inocencio III no pudo evitar la fuerza de la realidad y se mostró dispuesto á reconocer á Felipe para poder llegar con él á una inteligencia. De todos abandonado, Oton IV no podia esperar á lo sumo mas auxilio que el de Inglaterra y el de Dinamarca, y aun estos no por consideracion á él, sino porque ambas potencias tenian un interés especial en la continuacion de la guerra civil en Alemania, para poder pescar algo en aquel revuelto mar, el uno en el Norte y el otro en las comarcas fronterizas franco-alemanas.

Por fin, despues de ocho años de guerra civil, operose un cambio pacífico, saludado con júbilo por todos los patriotas, cantado en magníficos versos por Walter de Vogelweide y que prometia poner término á la miseria y devolver su bienestar á Alemania. El favorable curso que tenian las negocia-

ciones con la curia romana aumentó la alegre confianza, pues se creia tambien segura por este lado una paz franca y noble. Felipe hizo algunas concesiones á las doctrinas pontificias, y en las cuestiones políticas mas importantes Inocencio III se mostró respecto de él sumamente conciliador y se prestó á un arreglo favorable á los derechos y al honor del imperio. El cambio que habian sufrido las cosas permitió al papa ceder en estos asuntos. La union de Alemania y de Sicilia, que hubiera sido intolerable para la Iglesia romana, parecia muerta para siempre: en 1208, Federico llegó á la mayor edad, cesando entonces la tutela pontificia y dejando desde aquel momento de poder formular Felipe sus pretensiones sobre este punto. A consecuencia de esto pudo Inocencio renunciar á las extremadas teorías que hasta entonces habia hecho prevalecer respecto de los territorios de la Italia central que se disputaban la Iglesia y el imperio y que el papa habia podido recuperar. Llegóse, pues, por fin á un acuerdo sobre este particular, en virtud del cual la Iglesia devolvió al imperio los territorios á los cuales no podia aducir un derecho probado, y un sobrino del papa, Lotario de Segni, se casó con una hija de Felipe y recibió en feudo imperial el ducado de Toscana. De esta suerte el im-

perio recuperó lo que de derecho le pertenecia y la curia tuvo segura garantía de que aquel territorio, tan importante para ella, no podria servir de punto de apoyo á una potencia enemiga de la Iglesia. Inocencio III, á consecuencia de estas concesiones, no solo reconoció á Felipe como rey, sino que le prometió coronarle emperador la primera vez que fuese á Italia.

No sin temor observó la Alta Italia aquella evolucion pacífica, pues era presagio de la restauracion del imperio que durante tanto tiempo la habia dejado tranquila. ¿No era, en efecto, de temer que el representante del imperio, aliado con el papa, reclamara todos los bienes y derechos imperiales que habian sido usurpados durante el período en que parecia no haber emperador? Las ciudades lombardas especialmente experimentaron viva inquietud: las mas importantes de ellas, dirigidas por Milan, concertaron en seguida una alianza, cuyo objeto aparente era el mantenimiento de la paz de Constanza, pero que, en realidad, solo se dirigia á evitar la soberanía alemana que iba á restablecerse. Por el momento no habia qué temer, pues á pesar de la paz firmada con el papa, el rey Felipe no se encontraba todavia en condiciones de pensar en una expedicion á Roma. Su rival se negaba á reconocer la paz y estaba decidido á continuar sin el papa y aun contra el papa la lucha para recobrar la situacion que con auxilio de este habia conseguido en otro tiempo. Contaba para ello con el apoyo de los dinamarqueses y de los ingleses y esperaba que tambien se le unirian algunos príncipes enemistados con Felipe. Este hubo, pues, de hacer sus preparativos, pero ¡de cuán distinta manera que en otro tiempo! Reconocido casi universalmente como jefe del imperio, y en paz con la Iglesia, disponia de una multitud de medios, pues convencidos de que se trataba de una última campaña, á la que debia seguir una completa pacificacion del imperio, todos se dispusieron con mas gusto y mayor energia á cumplir sus deberes.

Todo el imperio se entregaba á un movimiento belicoso, inusitado, y de todos lados acudian contingentes ganosos de luchar, cuando un horrible acontecimiento puso fin á la vida del rey en los momentos en que iba á conseguir el último triunfo; y el imperio, que apenas comenzaba á reponerse, volvió á engolfarse en el torbellino de las luchas intestinas. Mientras se hacian los preparativos para la campaña contra welfos y daneses, asistia Felipe, en 21 de junio de 1218, en Bamberg, á las bodas de su sobrina Beatriz, hija de Oton de Borgoña, que se casaba con el duque Oton de Meran. En la tarde de aquel día, y estando descansando en el palacio episcopal, donde se habia hospedado, presentose el conde palatino Oton de Wittelsbach, el cual dejó en la antecámara á los hombres que le acompañaban. Espada en mano penetró en la habitacion del rey, despues de haber obtenido la vena de este, que se hallaba en el lecho. Felipe, creyendo que el conde queria entretenerle, como otras veces lo habia hecho, demostrándole su destreza en el manejo de las armas, le suplicó que dejara para otra ocasion aquel entretenimiento. Entonces Oton, blandiendo la espada delante del rey y despues de decirle que no se trataba de un juego, le asestó tan terrible golpe al cuello que se lo cortó, de suerte que el monarca, que entretanto se habia levantado, dió algunos pasos vacilantes y cayó muerto. De los pocos servidores de Felipe que se encontraban en la habitacion, el obispo de Espira, temiendo por su propia vida, se escondió, y el ujier Enrique de Waldburgo, que quiso detener al asesino, fué gravemente herido.

Pronto se vió de un modo claro que no era aquel un asesinato político y que la sangrienta catástrofe que tanto afectaba al imperio nada tenia que ver con la guerra civil ni

con la lucha de sucesion, cuya terminacion habia sido, hacia poco, saludada con gran júbilo. Fué simplemente un acto de venganza personal que alimentaba un hombre de sentimientos salvajes y enconados por una sentida humillacion. El conde palatino en otro tiempo habia sido desposado con la hija de Felipe, la cual, á consecuencia de la paz, debia á la sazón casarse con el sobrino del papa; pero antes de acordarse esto el rey habia anulado aquellos desposorios á causa, segun se decia, del carácter brutal y violento del de Wittelsbach. Este parecia haberse olvidado de tal ofensa, por lo menos sus relaciones con el rey continuaron, á pesar de ella, siendo las mismas que antes. Sin embargo, la experiencia demostró que la mala opinion en que le tenia el rey, habia producido sus efectos, en los desengaños que sufrió el conde y en las enemistades que contra él se suscitaron. La repulsa que recibió al solicitar la mano de la hija del duque Enrique de Silesia, fué por él atribuida, fundándose en lo que la experiencia le habia enseñado, á las noticias que creia le habria dado Felipe acerca de su carácter poco propio para



Bracteate del rey Felipe

despertar confianza. La indignacion que le produjo esta supuesta deslealtad del rey fué la causa que le impulsó á asesinarle.

Terrible fué aquella catástrofe, que conmovió profundamente á Alemania, pero no puede dejar de reconocerse que el pueblo y los príncipes alemanes, bajo la impresion de las tristes lecciones recibidas durante una larga guerra civil, dieron pruebas en aquella grave crisis de gran talento, de gran valor moral y de extraordinario tacto político. De su esposa griega Felipe solo habia tenido hijas: no existia, pues, heredero alguno sobre quien pudiera recaer la eleccion de los príncipes. Si se queria hacer prevalecer el punto de vista del interés de la dinastía de los Staufen, habia llegado el momento oportuno de llamar al joven rey de Sicilia para que ocupara el trono aleman. Pero esta idea no fué nunca emitida, que sepamos; tampoco pudo ser expuesta en las discusiones, pues hubiera sido causa de una renovacion de la lucha con la Iglesia y hubiera destruido la paz que con la curia acababa de firmarse. En efecto, Inocencio III habia consentido en la restauracion del *statu quo* del imperio en Italia solo á condicion de que se renunciara á la union de las dos coronas alemana y siciliana. Fuera cual fuese el que se tratara de hacer sentar en el trono, que acababa de quedar vacante, siempre habia de encontrarse con Oton de Brunswick, que estaba decidido á seguir luchando por sus derechos. La guerra civil se hacia, pues, inevitable, á no ser que se empleara el único medio de impedirla, y era el reconocimiento unánime del welfo. Los partidarios de Felipe que estaban precisamente haciendo preparativos militares contra Oton, dieron una gran prueba de talento político y realizaron un acto de resignacion altamente patriótica cuando se decidieron á reconocer como jefe legítimo del imperio al que hasta entonces habia sido su adversario. A esto contribuyó